



Las amenazas a la imagen de la política local tras los casos de corrupción

En defensa de los alcaldes

Los ayuntamientos no son una especie de territorios a merced de especuladores sin escrúpulos

FRANCISCO Longo

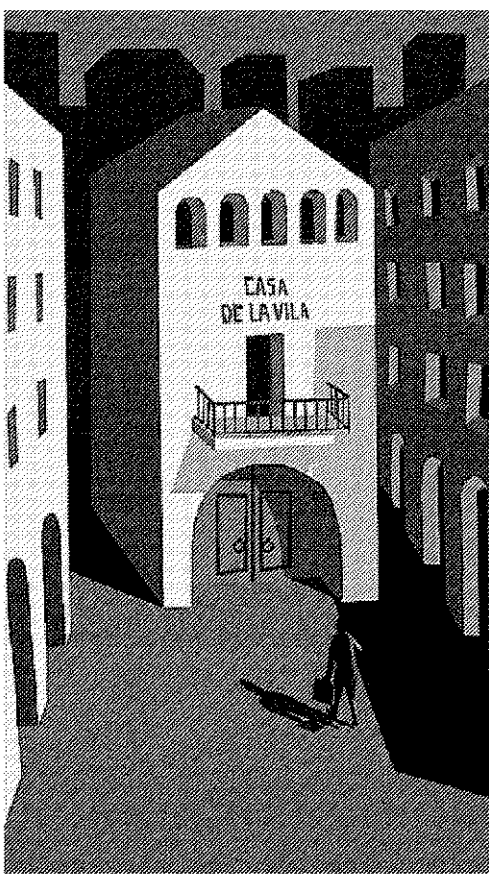


Los casos de corrupción desvelados durante las últimas semanas han conmocionado a la sociedad catalana, dando lugar a reacciones de rechazo desde diversos sectores. Se ha generalizado una percepción de crisis de la política, y la indignación que se manifestaba en la movilización popular de Santa Coloma expresaba un sentimiento ciudadano compartido y profundo. Todo ello debe ser visto, principalmente, como un signo de buena salud colectiva. La sociedad que no se escandaliza por la corrupción está condenada a convivir con ella. Nuestra vida pública precisa de un impulso regenerador que los partidos se han mostrado hasta la fecha incapaces de gestionar, expertos, como son, en mirar hacia otro lado cuando la cosa les afecta. El *basta ya* de la sociedad debiera plasmarse en un incremento de las exigencias cívicas de austeridad, transparencia y rendición de cuentas de quienes nos representan y nos gobiernan.

DICHO ESTO, conviene no perder de vista que el clima convulso que estamos viviendo puede producir daños colaterales. Uno de los más preocupantes es el que amenaza a la imagen de la política local. El origen de los últimos episodios, unido a los escándalos destapados en otros municipios españoles, podría acabar por instalar en el imaginario colectivo la impresión de que los ayuntamientos son el escenario habitual de transacciones espurias, una especie de territorios de frontera a la merced de especuladores sin escrúpulos y políticos enriquecidos por la mordida y el soborno. Sería lamentable que esto ocurriera,

porque se trataría de una imagen distorsionada e injusta. A poco que pensemos en ello, resulta fácil constatar las enormes mejoras en el espacio público y en los servicios a las personas que nos han legado estos 30 años de gestión municipal democrática. Con sus debilidades y errores, los ayuntamientos han sido una pieza básica de nuestro modelo de gobernanza, y la gran mayoría de los alcaldes y concejales se han esforzado, con mayor o menor acierto, por gobernarlos con las miras puestas en el interés general de sus comunidades.

Por otro lado, y sobre todo, el deterioro de la imagen de la política local debilitaría una parte importantísima de nuestro tejido institucional. Los políticos locales son, más que nunca, necesarios para afrontar algunos de los problemas más acuciantes de la agenda pública emergente. Hoy sabemos que la globalización no elimina, sino que refuerza, la dimensión local de lo público. Cuestiones como la pobreza extrema, la inseguridad, los riesgos medioambientales, el conflicto intercultural, el fracaso escolar, la violencia juvenil, los cierres o deslocalizaciones, las bolsas de paro, los guetos urbanos, la brecha digital o la exclusión social, entre otras, requieren a veces protagonismos institucionales distintos, pero encuentran finalmente en la esfera local el espacio en el que es imprescindible pasar de las pala-



LEONARD BEARD

Es fácil constatar las mejoras que nos han legado los 30 años de gestión municipal democrática

bras a los hechos. Todo ello constituye el trabajo de conciudadanos que se echan a la espalda la tarea de ocuparse de lo que es de todos y a todos nos afecta.

Desde luego, no se trata de un trabajo fácil. Supone lidiar con problemas complejos y difíciles y hacerlo en contextos de proximidad y accesibilidad que eliminan –salvo en unas pocas grandes ciudades– la posibilidad de atrincherarse detrás de un montón de filtros defensivos. Obliga a escuchar demandas que tienden

al infinito sin disponer de competencias ni recursos para afrontarlas. Implica gestionar servicios que no disponen de una financiación adecuada, con un instrumental jurídico muchas veces insuficiente o ambiguo. Requiere dar la cara en momentos críticos y mediar en conflictos que no tienen una salida airosa. Exige acostumbrarse a la cara menos glamurosa de la política, allí donde la liturgia del poder tiende a difuminarse y el gobernar se vuelve una tarea más bien oscura. Comporta un retorno más que incierto a la vida profesional anterior y solo a veces sirve de palanca para las carreras políticas. Sería una pésima noticia el que acabáramos, además, por proyectar, sin matices, sobre este trabajo la sombra ominosa de la corrupción.

ALCALDES Y concejales tienen ante sí una tarea importante. En el escenario económico que vivimos, obligados a impulsar políticas contracíclicas con ingresos menguados, tendrán que mejorar las capacidades de gestión de los ayuntamientos, profesionalizar la función gerencial, implantar mecanismos autoexigentes de control de costes y evaluación de resultados, gobernar con austeridad y sin populismos y ejercer, desde la proximidad, liderazgos pedagógicos que gestionen la difícil adaptación de los ciudadanos al nuevo entorno. Más que nunca, necesitamos a la política local, y la necesitamos de buena calidad. Ello requiere la existencia de marcos institucionales que estimulen las vocaciones políticas, y nos obliga, sin renunciar en absoluto al escrutinio exigente de su labor, a velar porque se mantenga un alto reconocimiento social de la función insustituible que los gobernantes locales desempeñan en nuestra democracia. ≡

Director del Instituto de Gobernanza y Dirección Pública de ESADE (URL)